

# TE QUIERO ABUELA

Leocadia se recostó sobre el respaldo de la silla donde estaba la abuela leyendo, le tiró suave pero insistentemente de la manga y le dijo:

- Abuela, hoy no hay escuela, ¿me ayudas a buscar la esperanza?

La abuela, sorprendida por la pregunta de su nieta, dejó entrever una sonrisa tierna entre sus labios y, mirándola por encima de sus gafas, le respondió:

-¡Mmmmm!; veamos. ¿Y por qué has decidido dedicar el día a buscar la esperanza?

Rápidamente se puso delante de la abuela, se sentó en el suelo y dijo:

- Mira, abuela, siempre oigo hablar a mis padres de que nuestro país ha perdido la esperanza, les miro a la cara y esta se transforma. Por eso creo que debe ser un gran problema.

Tras unos minutos de silencio, la abuela le dijo que realmente, a lo grande, era cierto: las personas tenemos menos esperanza en nuestro futuro, y menos todavía en los jóvenes; sobre todo a nivel básico como la educación, la cultura, la salud...; en general, en todo aquello que hace referencia al medio ambiente, la atmósfera...

- Pues... ¡abuela!, ¿qué podemos hacer? - insistió preocupada Leocadia.

- Mira pequeña, lo tenemos difícil, pero aún cuando la esperanza es un producto muy frágil, delicado y con el cual debemos tener mucha, muchísima paciencia, veamos qué podemos hacer, - respondió a la desazón de su nieta.

- ¿De qué está hecha la esperanza, abuela? - preguntó Leocadia.

La respuesta era complicada, pero las abuelas saben tanto de dar respuestas a preguntas complicadas...!

Le respondió pausadamente.

- De entre muchos ingredientes, la esperanza está compuesta de alegría, de solidaridad, de optimismo, de ilusiones y de buena fe, y eso como puedes comprobar, son todos ingredientes invisibles.

Entonces Leocadia preguntó aún más nerviosa y preocupada:

- Pero abuela, y ¿de dónde sacaremos todos estos ingredientes? ¿cómo lo haremos?

- Bien, en primer lugar debemos pensar en quién nos puede ayudar - dijo rápidamente la abuela.

- ¡Sí, sí, abuela! ¿Quién nos puede ayudar pues? - se impacientó Leocadia.

Tras un pesado silencio la abuela planteó:

- ¿Quién es quién tiene alegría, quién tiene ilusiones todavía, quién va con buena fe de verdad, quién como tú quiere ser solidaria, ayudar a los padres y buscar esperanza para todo el mundo?

La abuela parecía tenerlo claro, y añadió:

- Pues tú, Leocadia, tú eres la primera que reúnes estas condiciones y muchas más; y también los primitos, los amigos, los compañeros de la escuela... ¿No es cierto Leocadia?

La nieta, con los ojos bien abiertos, resplandecía de contenta y se aventuró a preguntar:

- Y ahora, ¿qué debemos hacer, abuela?

- Pues si ya tenemos la fuente principal que es vuestra infancia, lo único que debemos buscar ahora son muchos niños - exclamó la abuela jubilosamente.

- ¿Dónde los encontraremos, abuela? - preguntó preocupada la pequeña.

- Querida nieta - dijo la abuela - los encontraremos en las escuelas, en los parques... los maestros os podrán transmitir conocimientos, educación,

entusiasmo, pasión, alegría... y si vosotros ponéis fuerza y fe por vuestra parte, brotará la esperanza por si sola.

La niña lo vio tan claro que de buenas a primeras abrazó y besó a la abuela hasta azorarla.

- ¡Adiós abuela! ¡Gracias abuela! ¡Manos a la obra, abuela!

Las últimas palabras de la abuela fueron:

- Cuenta a tu padre y a tu madre todo lo que hemos hablado hoy así, quizás, ellos también podrán colaborar contigo.

Y todos juntos reencontraremos la esperanza.

Magdalena Cifre Morro, 11 años

Pollensa, Mallorca, (Balears)